

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

Pierre-Paul Grégorio

PILAR

Université Jean Monnet – Saint-Étienne

DEL 11-S, « acontecimiento absoluto e inapelable »¹, dieron cuenta unos diarios conscientes de ser a la vez, según Juan Luis Cebrián, aliados y víctimas del terrorismo². Unos diarios, por otra parte, enfrentados a la competencia generada por la multiplicación de los medios. Frente al doble reto de tal competencia y del hecho terrorista transformado, en acertadas palabras de Alejandro Pizarroso, en la quintaesencia de la « propaganda de la acción »³, la estructura informativa por ellos adoptada, en su jerarquía interna y en sus formas externas, necesitó adaptarse en aras de una mayor, o mejor, agilidad discursiva. Y ello con los inconfesos pero subyacentes objetivos de ir elaborando un atisbo de contra-propaganda⁴ y, paralelamente, de no verse desposeídos de parte de su legitimidad institucional. Estudiar dicho proceso de adecuación –perceptible en la compaginación y

1. Jean Baudrillard « La violencia de lo mundial », in Jean Baudrillard y Edgar Morin, *La violencia del mundo*, Barcelona, Paidós, 2004, pág. 41.

2. Juan Luis Cebrián, *El pianista en el burdel*, Barcelona, Círculo de lectores, 2009, pág. 121.

3. Alejandro Pizarroso Quintero, *Nuevas guerras, vieja propaganda*, Madrid, Cátedra, 2005, pág. 303.

4. Un discurso tendente –como ya lo enunció E. Bernays, en 1928– a « modeler l'opinion des masses pour les convaincre d'engager leur force [...] dans la direction voulue » (Edward Bernays, *Propaganda. Comment manipuler l'opinion en démocratie*, Paris, La Découverte, 2007, pág. 39).

la iconografía, en la titulación y en lo peculiar del espacio consagrado al atentado– permitirá comprender, primero, la significativa misión social que, vistas las circunstancias, los diarios consideraron ineludible y, después, la para ellos imperiosa necesidad de reacción frente a esa otra realidad, más cotidiana, de la lucha por las cuotas de mercado. Para nuestro trabajo, nos centraremos en los números del 12 de septiembre de El País (EP), ABC, El Mundo (EM) y La Razón (LR).

I. Una discordante unanimidad

El acontecimiento ocupó lógicamente un espacio inusual. En relación con el número total de páginas de cada número, su tratamiento representó el 35,15% en ABC, el 38,88% en EP, el 40,27% en EM y el 51,25% en LR. Pero, obviamente, ello no significó una mayor coherencia en el tratamiento.

I.1) La portada es (casi) el mensaje

Como era de esperar, portadas y editoriales se centraron exclusivamente en la noticia, aunque con ángulos distintos que implicaban mensajes diferentes.

En ABC, en apertura, una foto de Ben Laden con zamarra militar. Debajo, otra –escombros y coches aplastados– plasmaba la magnitud de lo ocurrido, acorde con el titular: «El terrorismo islámico declara la guerra a Occidente»⁵. La composición de la página marcó pues el punto límite sobrepasado. Era también el tiempo suspendido que atrapaba al lector en su fugaz inmovilidad. La portada se proyectaba así sin solución de continuidad hacia un porvenir del que nadie podría sentirse desvinculado. LR se situaba en la misma línea.

El diario publicó una foto de las torres explotando. El contrapicado ponía al lector a ras del suelo, con una impresión de aplastamiento inminente. Aunque virtual y por poderes, era una víctima más. «El terrorismo golpea el corazón del imperio»⁶: más que una jerarquía geopolítica, se expresaba lo irracional de la barbarie. Resultaba inútil atribuirle autoría alguna: ya se conocía. En lugar de perder espacio en repetirla, LR prefirió ir creando un ambiente de cohesión ante lo que se avecinaba: «Los atentados siembran el pánico en la capital del mundo, mientras Occidente permanece en máxima alerta y estudia

5. ABC, Madrid, 12-IX-2001. Parecía olvidar el atentado de 1993.

6. La Razón, Madrid, 12-IX-2001.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

represalias». En otras palabras, con cierta propensión a la desmesura, se daba por sentada la respuesta unánime de la civilización occidental. Desde la primera página, LR dejaba pues parcialmente atrás lo ocurrido. El tono de EP y EM era notablemente distinto.

El primero adoptó una óptica algo más distanciada. La foto elegida –antepuesta a los titulares– ofrecía una vista lejana de las dos torres ardiendo, situando al lector fuera de la escena. Se le invitaba a una total compasión pero también a no dejarse cegar por ella. Se insistía sobre todo en lo inimaginable de la agresión para el planeta entero. Por ello, todos –no sólo Occidente– suspendían la respiración: «El mundo en vilo a la espera de las represalias de Bush»⁷, sin indicar contra quién. No era pues lícito dividir a la humanidad en dos bandos. Con el subtítulo «Miles de muertos entre los escombros de las Torres Gemelas y el Pentágono. Un pasajero contó por el móvil el secuestro de uno de los aviones» se creaba un tamiz (el mundo –miles– pasajero) que, siquiera imperfectamente, reducía lo inconcebible a nivel del lector. No se hablaba de combatientes desconocidos de una guerra incipiente, sólo de víctimas inocentes.

EM ofreció sin duda la aproximación más completa. Aunque en letra pequeña, recordaba en posición estratégica el aviso de Ben Laden del mes anterior: sobre la cabecera, abriendo toda la información. Simbólicamente, se indicaba que el saudí se hallaba «al margen» de la comunidad civilizada a la cual pertenecían el diario y el lector. Integrado en ella, en el antetítulo, Bush declaraba: «El Ejército está preparado»⁸. La personalización del enfrentamiento enmarcaba lo ocurrido en una forma algo más tradicional, más racional. Al mismo tiempo, la composición marcaba en qué campo situarse.

EM optó por un extenso título-resumen: «El mayor ataque terrorista de la Historia derriba los símbolos del poder de EEUU y causa más de 10 000 muertos y heridos». Sus dos subtítulos insistían en la tragedia humana, en la autoría y, finalmente, en los efectos colaterales de la bestial embestida: «La Reserva Federal garantiza que habrá dinero en los bancos tras caer las Bolsas y dispararse el precio del crudo». En apenas ocho líneas, se daban las claves para la comprensión. Sólo entonces, organizando el espacio, llegaba la foto del impacto del segundo avión, antes de anunciar los diferentes ángulos del análisis. Se buscaba pues aportar algo de orden en el caos creado

7. El País, Madrid, 12-IX-2001.

8. El Mundo, Madrid, 12-IX-2001.

por un acontecimiento, en palabras de Jean Baudrillard, « a la vez, no real y más que real »⁹. Por ello, la portada no estaba para sobrecoger los ánimos. Lo irremediable se bastaba a sí mismo. Lo primordial resultaba cómo reaccionar y hacer reaccionar ante la sinrazón.

1.2) Editoriales para tiempos revueltos

Más que en condiciones normales, su emplazamiento tuvo significación per se. En ABC, el editorial –«Guerra terrorista»– formaba parte del cuadernillo especial sobre el atentado, publicado bajo el mismo título. Lo excepcional de la situación tenía pues eco en la composición del diario. Al enmarcarse en la riada informativa, el editorial impedía, en coherencia con la portada, que se deslindara el mañana del ayer. Todo era uno en un presente incierto.

En EM y LR, los editoriales aparecían en su lugar propio. Es decir, fuera ya del tiempo de la inmediatez, iniciando la fase de la reflexión. Para LR, « La guerra del futuro ha llegado » y habría que enfrentarse a ella. Otro tanto, pero sin belicismo, hacía EM. Con su editorial, « Una infamia que cambiará el mundo y marcará nuestras vidas », propulsaba al lector hacia el porvenir. Al extraer, siquiera visualmente, la relación lector-diario del frenesí informativo, se pretendía ayudar a mejor asumirlo. La incertidumbre del momento adquiría así un tono relativamente menor.

Por último, EP acumuló, voluntariamente o no, las dos ópticas. En su espacio acostumbrado, el editorial tradujo, empero, una atípica normalidad formal, por su título –«Golpe a nuestra civilización»– contradictorio con el discurso de la portada y por su configuración.

Sólo ofrecía, en efecto, la parte final de un artículo iniciado curiosamente en la última página, cortando obviamente el ritmo de lectura. Tras el forzado peregrinaje, se contemplaba la foto del segundo avión virando, justo antes del impacto. Es decir, cronológicamente anterior a la de la portada. Una extraña anomalía tal vez por razones de premura o tal vez para simbolizar lo inaudito de la jornada. Había pues que extender el diario para recobrar el hilo de los acontecimientos y, en cierto modo, el orden natural de lectura, de izquierda a derecha. Ahora bien, la configuración invitaba, ¿casualmente?, a ponerse por un segundo en el lugar de los « otros », de los que, al leer

⁹. Jean Baudrillard « La violencia de lo mundial », in Jean Baudrillard y Edgar Morin, op. cit, pág. 25.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

el periódico, empezaban por la que en Occidente parecería siempre la última página, como para inducir que esa civilización atacada no se medía en bloques. Ese « golpe », y no guerra, clamaba, sí, por una movilización general. Quedaba por determinar de quién y para qué.

2. Configuración y sentido

La estructuración de la información presentó pues dos alternativas. El mantener EP su habitual presentación, se explicaba por el tradicional emplazamiento inicial de su sección Internacional. En cuanto a los demás diarios, la excepcionalidad tuvo matices significativos. Mientras LR reunió todas las secciones directa o indirectamente concernidas por el atentado (desde la internacional a los programas de TVE), EM guardó, tras cerrar el capítulo especial, su arquitectura habitual, señalando cuando había lugar sus incidencias en cada caso (Bolsa, Cine, etc.). En medio, se encontraba ABC: la información del cuadernillo tuvo un rebrote, de tipo descriptivo, en la parte dedicada a Madrid.

2.1) ¿Descripción vs explicación?

Los diarios buscaron el tratamiento absoluto como vía de asimilación de lo ocurrido. Ello no impidió, sin embargo, una línea ya orientada, incluso por motivos ajenos al drama. La exhaustividad aparente no era, en realidad, sino el producto de un proceso de selección del material disponible para mejor activar en el lector determinadas reacciones.

Ello aparece con la relación entre lo informativo y lo analítico. EM mantuvo el equilibrio (51,22%/48,78%). En los demás, se impuso lo primero: 57,44% en ABC, 65,79% en EP y 68,25% en LR, como para responder a las inevitables inquietudes suscitadas. En LR, ello desembocó en un número de emoción epidérmica, mientras EM buscaba cómo mejor controlarla. ABC y EP mantuvieron cierta distancia protectora al no focalizarse en los aspectos macabros.

2.2) Exhaustivos, sí; coherentes, no siempre

EP consagró a los atentados toda la sección Internacional (pág.^s 2 a 25) y gran parte de la de Opinión (pág.^s 26 a 28). Exceptuando la última página, evitó perturbar al lector. Tras presentar el dónde y el qué (« El peor ataque de la historia », titulaba el diario), explicó el

cómo y el cuándo (pág.^s 4 a 7) con testimonios orales, esquemas, etc. Lo esencial llegaba con el drama humano sin fronteras, adentrándose paralelamente en el análisis de sus consecuencias (pág.^s 8 a 11). Pero, aún trágica, no era la única realidad. Progresivamente, el lector se acercaba al porqué nuclear. Destruir «El simbolismo de las Torres Gemelas» venía a demostrar que «el poder político no significaba en el fondo gran cosa, y que el poder estaba en otra parte»¹⁰. En cuanto al futuro, pese a evocar Pearl Harbor, EP no especuló en sus títulos con una guerra inevitable. El análisis (pág.^s 12 a 15) sólo abarcaba el muy corto plazo, no exento de peligros. «Hacia una nueva bipolaridad»: sobre casi toda una página, con su zamarra militar, aparecía Ben Laden, «El quinto jinete». Quedaban así patentes los temores del diario ante un conflicto de nuevo cuño. Y al devolver al lector a Europa (pág.^s 16 a 19), empezando por España, se le revelaba un estado de máxima alerta, ninguneando a Aznar, ausente de los títulos. Todo lo contrario que Rodríguez Zapatero y González. En cualquier caso, EP mostraba la total unanimidad de Occidente: «La OTAN advierte que los atentados no quedarán impunes», cerrando su recorrido con otras reacciones internacionales. En realidad ya condenaba –o temía– un protagonismo ulterior de EE.UU. «El americano herido» (pág. 20) era, cuando menos, un líder cuestionable. Tras un primer anuncio publicitario, EP recurrió a las novelas de Tom Clancy para un arquetípico juicio sobre la realidad imitadora de la ficción, como un intermedio antes de abordar las implicaciones más temidas: «Las Bolsas de todo el mundo se hundan por el temor a un colapso económico». Por primera vez, con elementos tangibles, el diario auscultaba el futuro. La guerra no era aún una certeza pero la crisis económica, sí. La información se cerraba con dos páginas de fotografías, sin comentarios. Sobraban las palabras. Se abría así la sección Opinión como una vuelta al ámbito doméstico nacional. En tres páginas, definía el posicionamiento institucional (editorial, artículo de Cebrián, viñeta de Máximo) y daba también la palabra al ciudadano a través del correo de los lectores. En cierto modo, era confirmar que la vida no se había detenido. EP ofreció así una información concentrada en el espacio, sin sensacionalismo y evitando toda lejana proyección. Se trataba, ante todo, de reducir lo sucedido a parámetros asimilables. El objetivo evidente era aportar los elementos necesarios para mejor prepararse ante lo que se avecinaba.

10. Jean Baudrillard «La violencia de lo mundial», op. cit, pág. 21.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

EM eligió una fórmula de zoom informativo. Bajo un epígrafe general («Primer plano», pág.^s 2 a 18), se cubrieron los aspectos principales. En «Nueva York» (pág.^s 2 a 5), se difundía lo esencial de la noticia. Con «Washington» (pág.^s 6 y 7), llegaba un primer análisis. El último punto, «Nebraska» (pág. 8), situaba el centro temporal del poder al encontrarse allí Bush. EM prosiguió su presentación de los contendientes designando al «Enemigo» (p. 9). No eran cábalas: lo reivindicaba el propio Ben Laden: «Haré algo espectacular que los americanos no olvidarán en años». Se llegaba así a las «Reacciones».

Bajo una aparente neutralidad, el diario se negó a ser simple espectador. Bastaba comparar el título («Israel cierra su espacio aéreo y pone en alerta a su Ejército») con el antetítulo («¡Viva Osama Bin Laden! ¡Viva la Intifada!», gritaban en el centro de Ramalá, en Cisjordania): gráficamente, indicaba dónde residía lo cabal y dónde la barbarie. En cualquier caso, se suponía al lector ya listo para adentrarse en la comprensión pormenorizada de lo vivido.

El epígrafe «Análisis» (pág.^s 12 y 13) reproducía trabajos con firmas norteamericanas o británicas que buscaban manifiestamente destilar cierto optimismo: «Dominar el miedo irracional», «El World Trade Center renacerá». Se pretendía concienciar al lector de que, pese a lo descomunal del atentado, éste ya era pasado. Seguir concibiéndolo en presente, sería pues un error de cara a la necesaria reacción porque el verdadero peligro se situaba en las «Bolsas» (pág. 14).

Como rezaba el título, Ben Laden había planeado «Un ataque al corazón del capitalismo mundial». Frente a tal agresión, se pedía fortaleza: «Hay que mantener la calma». EM proseguía con la misma tónica: presentar, explicar, razonar. Por ello, resultó incongruente el salto hacia atrás de un «informe gráfico» (pág.^s 16 y 17) que nada aportaba. Antes de pasar a la sección Opinión, EM ofreció un punto de comparación («La historia», pág. 18), en referencia a Pearl Harbor. Como una manera, también, de dejar entrever el resultado del drama. En suma, la organización de la información testimoniaba de la voluntad de no dejar sólo al lector ante la crisis abierta. El factor psicológico sería obviamente fundamental en los días siguientes.

Tras una página de publicidad, se daba paso a la rutina formal, tranquilizadora por conocida, de la ordenación habitual del diario.

La sección Opinión (pág.^s 20 a 23) recogía dos columnas desconectadas de los atentados: no todo giraba en torno a ellos. Seguía el editorial como síntesis de todo lo leído. Por fin, los títulos de las diferentes colaboraciones –«Habrà un después», «Fragilidades de un sistema», «Real, demasiado real»– parecían pensados para contestar a las preguntas del ciudadano que llegaban ya con el correo de los lectores. Pero, en lugar de cerrar con ello la noticia, el periódico la retomaba en sus diferentes secciones, como en la de Cultura, con un fotograma de Estado de sitio, película con D. Washington; sólo que, a diferencia de EP, para EM «la realidad supera a la ficción». No había que confundir ni escalas, ni valores. De la sensatez nacía la confianza. Sólo así se podía abordar la «normalidad». Con la sección Madrid, se dejó definitivamente atrás el atentado. En suma, la dispersión de la información en la geografía del diario, favoreció una mayor presencia del drama e indujo su poder de influencia en la vida de todos. Algo que resultaba evidente para ABC.

En segunda página, bajo el título de «Guerra terrorista total contra Estados Unidos», un «Sumario» recogía catorce apartados diferentes. Se vivía el advenimiento de una nueva era pues el inconcebible «Apocalipsis en la capital del imperio» desembocaría en un verdadero Armagedón. En otras palabras, antes incluso de adentrarse en la descripción del atentado, se marcaban las pautas de su comprensión.

En «Apocalipsis en la gran manzana» (pág.^s 6 a 11), la crónica «Escenas de guerra al sur de Manhattan» servía de hilo conductor. Una noción de escenificación que, a su modo, prolongaba ABC reactualizando la jornada anterior con su «Cronología de una mañana trágica en Estados Unidos» (pág. 9): unos pequeños relojes marcaban los diferentes acontecimientos, como una tardía crónica en directo. Se introducía así la perspectiva del drama humano con tres fotos del desplome de las torres.

Con «New York, New Apocalipsis»¹¹, se volvía al epicentro del cataclismo cuya sombra se proyectaba ya hacia el porvenir. Se abría entonces un ciclo de capítulos cortos –dos páginas– que agilizaban una información con gran carga emocional. Alcanzó su punto álgido cuando –«Una azafata narró el horror» (pág. 13)– el lector escuchó una voz de ultratumba. Se llegó así a un triple apartado, cuya fragmentación indicaba la implicación del diario.

11. Como un eco de la película de Ford Coppola.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

Se designaba abiertamente al enemigo en «La amenaza fundamentalista en el mundo» (pág.^s 16 y 17). Desde Jerusalén, «Terror sin cuartel en el nombre de Alá Todopoderoso» denunciaba la perversión de la Fe, encarnada en «Osama Bin Laden, el terrorista más buscado del mundo», con su biografía y unas fotos (zamarra y AK 47)¹². Seguían dos apartados atípicos por su menor extensión: «La amenaza fundamentalista contra EE.UU» (pág. 18) y «La internacional del terror» (pág. 19). En realidad, los títulos de los artículos¹³ lo demostraban, se hubiera podido reunirlos bajo un título común y obtener la doble página. La separación era pues deliberada, como para fragilizar simbólicamente al enemigo¹⁴. Lo implícito resultaba que, frente a tal internacional, la respuesta tendría que ser idéntica. En suma, lo que anunciaban los siguientes apartados.

«Conmoción mundial: dolor y rabia en EE.UU» (pág.^s 20 y 21) daba la palabra a un Bush como líder ya en acción. Idéntica finalidad tenía «Conmoción mundial: reacciones en España» (pág.^s 22 y 23). Su título principal, «Aznar activa la célula de crisis y cancela su gira por los países bálticos», personalizaba la eficacia gubernamental. La nacionalización de los acontecimientos, en sentido políticamente opuesto a EP, se teñía de cierto nacionalismo. En efecto, en el mundo sólo se habrían conmocionado –y hermanado– EE.UU y España pues, según la sección siguiente, sólo se podía hablar de «Reacciones internacionales» para otros países. El poder de lo simbólico se superponía ya al impacto de lo real. Y se apuntaban los motivos profundos del ataque.

«Edificios emblemáticos» (pág.^s 26 y 27) y «Los pilares del imperio» (pág.^s 28 y 29): esas cuatro páginas ponían el dedo en la llaga. Un título lo resumía todo: «Símbolos humillados» (pág. 28). En el imaginario del lector tenía pues que tratarse del verdadero punto de inflexión del sistema. Habría entonces también cambio de mentalidades. Tal vez por ello la inevitable sección «La ficción inventa la realidad» (pág.^s 30 y 31), no resultaba tan baladí. Contrariamente a EM, los ejemplos (Operación Ogro, El coloso en llamas) poco tenían que

12. Curiosamente, con su kalashnikov, aparecía también un Saddam Hussein nunca mentado.

13. «Los atentados contra intereses norteamericanos han dejado casi un millar de muertos desde 1993»; «Estados Unidos, en el punto de mira de los grupos más extremistas».

14. Junto a las dos precedentes, alcanzaría incluso la segunda posición por espacio ocupado. Demasiado honor.

ver con los atentados. Sólo que, reunidas bajo el título de « Como en las películas de saldo », significaban la banalización de una violencia-divertimento, ese puro escapismo ante la conciencia del sistema de su propia fragilidad¹⁵. Había anestesiado la capacidad de reacción ante una agresión espectacular en la doble acepción del término. Su onda de choque pronto llegaría: « Los mercados se derrumban » (pág.^s 32 y 33) y « La crisis se agrava » (pág.^s 34 y 35). Dos nuevos capítulos para designar al lector como inevitable víctima futura. Lo visto exigía pues mucho más que un simple sobrecogimiento. Sólo así prevalecerían « Prosperidad y buen gobierno ». Fuera ya del epígrafe general, el título confirmaba que la crisis sería sojuzgada. Tras una página de anuncios y el correo de los lectores, sin comentarios sobre los atentados, se abría la sección Opinión, con pocas novedades.

« Pearl Harbor », « La mayor noticia de la Historia »,... los artículos redundaban en lo mismo, tanto como « La Estatua de la Libertad sigue en pie » (pág. 41) cuya finalidad era garantizar la supervivencia de los valores de las sociedades modernas, como una nota esperanzadora para concluir, o el inicio de un discurso movilizador ante el conflicto. Una lógica que compartía LR.

El diario adoptó también el cuadernillo especial –« Terror en EE.UU »–, con dieciocho apartados y precedido por tres páginas de síntesis. En la primera, a todo lo ancho, se confirmaba el juramento presidencial: « “Cazaré a los autores; el terrorismo contra nuestra nación no va a prevalecer” ». Debajo, dos recuadros (la alegría palestina y la reacción del Rey) y, en medio, el comentario de Ansón, con un título inequívoco: « La otra guerra mundial ». Seguían dos páginas –« El terrorismo golpea a EE.UU » y una serie de dibujos (trayectorias, mapas,...)– como anuncio de una información pormenorizada. El lector conocía pues ya, teóricamente, los elementos claves de la noticia. Empero, la composición interna del cuadernillo denotaba cierta falta de fluidez en el discurso.

Los siete primeros apartados (12 páginas) se centraron en lo ocurrido. LR privilegió lo individual para ponerle un rostro al drama. Las declaraciones de Giuliani o la angustia padecida (« Una española sobrevive en el piso 55 de la torre », « El hombre del trapo blanco ») universalizaban la tragedia. Todos merecían algo más que un relato frío, aséptico por minucioso; sólo que el título general del apartado –« Así fue el ataque »– no anunciaba el contenido, al igual que el

¹⁵. Jean Baudrillard « La violencia de lo mundial », op. cit, pág. 20.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

siguiente capítulo. Bajo la entrada «Ataque al corazón del capitalismo», venía el artículo «60000 personas estaban en las Torres Gemelas». No existía relación directa con sistema económico alguno, salvo que se pretendiera, precisamente, humanizar aquel tildado por sus agresores de inhumano. Se materializaba ese pánico para que el lector pudiera paradójicamente hacerlo suyo. Entremedias, la focalización sobre Bush (pág. 15) construía la imagen de hombre de Estado responsable, ocupando su puesto en la lucha «En defensa de nuestro modo de vida» como se afirmaba dos páginas después. Se trataba del primer artículo analítico que abogaba por una normalización económico-social implícita, nacida de la identificación de la civilización occidental «con “la” civilización por estar presente en todo el mundo»¹⁶. La agresión resultaba, en suma, una declaración de guerra contra un Occidente forzosamente identificado con el símbolo de las Twin Towers.

Para confirmarlo, llegaban las «Reacciones en Oriente Medio» (pág.^s 18 y 19), esencialmente el «Júbilo palestino en los territorios autónomos» (pág. 18), directamente relacionado en la misma página con Ben Laden, «El mecenas de la violencia islamista». La estructura de la información, por su carga emotiva, alimentaba la repulsa y la ansiedad. Así, el «Desconcierto en los mercados» (pág.^s 20 y 21), era inmediatamente dramatizado al anunciar que, como las torres, «Las bolsas europeas caen al vacío presas del caos y amenazan la economía mundial» (pág. 20). Mantener la tensión para asegurar la cohesión: tal parecía ser la estrategia del diario. Así, con la vuelta al análisis, se vinculaban las medidas defensivas adoptadas en EE.UU y España (pág. 22) y el retrato de Ben Laden, «El enemigo de América» (pág. 23). Se llegaba entonces a uno de los núcleos de la información, cuando menos por extensión (3 páginas): las «Reacciones en España».

Con un título contundente –«Acaba una era»–, se desarrollaba una información cuyo objetivo era doble: modelar las reacciones y, como ABC, realzar a un Aznar, líder internacional. A renglón seguido, aparecía una página completa de «Análisis», pero sin haber cerrado el panorama internacional («Reacciones en el mundo», pág.^s 28 y 29). Sin transición, se explicaba la consabida interacción entre realidad y ficción –«La literatura y el cine ya lo predijeron»–, no sin cierto

¹⁶ Edgar Morin, «En el corazón de la crisis planetaria», in Jean Baudrillard y Edgar Morin, *La violencia del mundo*, op. cit, pág. 60.

desbarajuste: en la foto figuraba D. Washington cuando el artículo mencionaba a Clancy.

El cuadernillo se cerraba con un nuevo análisis político-histórico, «Hacia la Tercera Guerra Mundial» (pág. 32), que hacía eco al inicial de Ansón. LR concienciaba al lector del calado histórico del momento. Pero, más que ofrecerle perspectivas, creaba un ambiente como de primera movilización. Tras un paréntesis publicitario, se pasaba a la sección Opinión.

Junto al editorial, se publicaba la sección «Al alza», dedicada a Aznar. En la página siguiente, «En baja» traía a Ben Laden: LR seguía dando forma a la política nacional con el caos internacional. Los demás artículos –«Es la guerra», «Rabia y dolor», «Una trágica humillación»– repetían los ya conocidos mensajes. En definitiva, esa sobreabundancia informativa construía una configuración circular con falsa apariencia de exhaustividad. Sólo la última página abría una ventana sobre el futuro: «¿Dónde estabas tú ese día?». Se volvía al individuo para asegurarle un mañana. A condición de saber estar presente en lo inmediato.

2.3) El caso particular de la iconografía

Obviamente, el impacto de las imágenes justificó su omnipresencia: en muchos casos porque eran ya noticia en sí; en otros porque, simplemente, servían para rellenar un espacio y dar cuerpo a la noticia.

En valores absolutos, LR encabezó el ranking (59 fotos), por delante de ABC (40), EP (38) y EM (27). Pero la proporción por página relacionada con la noticia, era similar: 1,04-0,88-1,03-1,03. Al publicar los diarios prácticamente las mismas fotos, una ausencia en uno de ellos resultaba entonces significativa.

Un ejemplo sería la foto del hombre defenestrado. Reticentes a transformar la tragedia en espectáculo, ABC y EM mostraron la caída pero en la lejanía, con el tenue recato de la distancia. No así LR que –imagen con un zoom– coqueteó con el sensacionalismo. EP no publicó ni esa foto ni otras que satisficieran el morbo. La imagen podía pues dramatizar o edulcorar la percepción del acontecimiento, apoyándose en la manipulación inherente a la doble mecánica del Hacer-Ver y del Ver-Hacer¹⁷. En suma, cada diario desarrolló una estrategia visual legitimadora de su discurso.

17. Lorenzo Vilches, *La lectura de la imagen*, Barcelona, Paidós, 1984, pág.^s 106-107.

Dar forma al caos: recordando aquel 11 de septiembre...

ABC y EP adoptaron globalmente un enfoque que llevaba al lector de lo más distante (una panorámica de Manhattan) al corazón del drama (fotos de las gentes despavoridas). El lector se transformaba progresivamente en actor. Se le invitaba a cambiar sus esquemas mentales al cobrar otra dimensión los lugares emblemáticos, vistos en las películas. Nada sería ya igual, incluso en el imaginario colectivo. En EM, las páginas exclusivamente con fotos servían de síntesis. Eran lo ya pasado antes de sumirse en las perspectivas del mañana. Por último, en LR, las fotos no ilustraban necesariamente el comentario. Incluso podían ser un simple tributo –¿derivativo?– a los imperativos de un lector. Ahora bien, la iconografía sí jugó su particular papel en la vertiente nacional de la información.

Por su posicionamiento político, EP –Bush siempre sentado y Aznar, ausente– y LR y ABC –encumbramiento de dos hombres de acción– difundieron mensajes contradictorios. EM optó por un discurso intermedio: Bush no era la estatua de cera de EP, pero Aznar tampoco mereció honores particulares.

En cada caso, al poder ser decodificadas casi inconscientemente por el lector, las fotos le confirmaban hallarse en terreno conocido: por motivos diferentes, no podían sorprender. Paradójicamente, aportaban unos márgenes que acotaban una actualidad que parecía no tener ninguno. Mención aparte merecen las viñetas de humor, cargadas de amargura. Si ABC integró la de Mingote en su cuadernillo, las demás se comportaron como recordatorios puntuales del drama, mucho más impactantes por la gravedad del tono.

En realidad, bajo esa omnipresencia de lo visual, se transmitía una advertencia. La todavía tranquilizadora distancia geográfica no ampararía a nadie de tal horror. Las ciudades del mundo occidental se parecían todas.

3. Las estrategias informativas

La configuración y la presentación de la información implicaron pues ciertas constantes. ABC y EP se aseguraron ante todo de que el lector no se perdiera en la maraña informativa. EM buscó evitarle confundir lo fundamental con lo accesorio. Por último, LR estuvo muy pendiente de marcar los espíritus. Las relaciones así creadas entre emisor y receptor revelaban además dos orientaciones distintas, no necesariamente inmunes a las opciones políticas de cada cual.

La función auto-asignada emergía de todo ello. Para EP y EM, la información servida debía ser un punto de apoyo para una mejor asimilación del acontecimiento, con un objetivo evidente: empezar a sobreponerse para encarar el porvenir. En el caso de ABC y LR, comprender lo ocurrido llevaría al lector a una real implicación en el anunciado choque de civilizaciones.

Claramente, existió una voluntad de « encerrar » al lector, incluso espacialmente, en esa actualidad, creando un « modelo situacional, es decir, una estructura de conocimiento episódica (subjetiva) »¹⁸. Se trató a veces, caso de EP, de sensibilizarle primero ante el drama humano vivido, en previsión de otros, en otros lugares. En otros casos, como en LR, se buscó concretizar una reacción de repulsa como primera etapa de una movilización social. Todos los diarios, en resumen, proyectaban ya al lector hacia el mañana: los atentados ya eran memoria al día siguiente. Fueron actualidad, y en directo, el día anterior. Tal era ya el ritmo y las formas de la información: un carrusel de imágenes y datos, a veces obsoletos apenas difundidos; una variedad de elementos sin los cuales el ciudadano no podría abarcar plenamente la realidad, pero gracias, o debido, a los cuales le sería muy fácil perderse. Los periódicos estaban pues ahí para darle forma a ese remolino, para estructurarlo. No « crearon » el acontecimiento, lo desmontaron y fueron ofreciéndoselo al lector para que, a su vez, él mismo pudiera adueñarse de lo visto, lo oído, lo vivido. Y para lograrlo, se sirvieron de otros tantos elementos –títulos, fotos, paginación, etc.– para acelerar el proceso de interiorización de la noticia. En suma, le dieron al lector lo ya conocido (las fotos) para crearle una relación de dependencia (los títulos despejaban el caos de la inmediatez). Sólo entonces se le encauzaba plenamente en una dirección/interpretación definida en las crónicas y los análisis. En su conformación, los diarios ofrecieron ya, en resumidas cuentas, algo más que un simple relato de aquel 11 de septiembre.

18. Teun A. van Dijk, *La noticia como discurso*, Barcelona, Paidós, 1990, pág. 256.